

SERMON MORAL

SOBRE

QUE NO CONSISTE LA DICHA DEL HOMBRE EN LOS HONORES TERRENOS.

Faciam mihi nomen, et glorificabor...

Ganaré reputacion, y me haré glorioso...

(I MACCAB. EOR., cap. III, vers. 14.)

Si las exigencias del corazon humano encontrasen un término en la posesion de las riquezas materiales ; si al inquirir la dicha por que tanto ansía hallase un límite, al instalarse el hombre en una region de prosperidades temporales, demostrada una vez la nulidad de éstas y su insuficiencia para hacernos felices, pudiera yo lisonjearme de haber alcanzado un triunfo sobre vuestros corazones, triunfo debido, no á mi palabra, sino á la eficacia de la virtud divina y á la docilidad con que venís á escuchar las máximas de eterna salud que desde este lugar se predicán. Sí : radicada profundamente en vuestras almas la doctrina que habeis oido, nadie de vosotros dudará que las riquezas son tan sólo un medio que la Providencia ha puesto en la tierra, no tanto para entrelazar á los hombres, para que el pobre, el rico, el proletario, el artista, el hombre que maneja la esteva y el que empuña la espada, comprendan que mutuamente se han de favorecer, pues dependen unos de otros, cuanto para aliviar la mísera condicion del hombre peregrino en esta

vida, y mantener con su aliciente las artes, la industria, el comercio y cuantos medios de prosperidad terrena Dios proporcionára al hombre con su sabiduría y providencia infinitas. Por consiguiente, todos comprendéis que los medios no son el fin, que las riquezas temporales no son el gérmen de la verdadera felicidad, y que ésta consiste en otro objeto que nada tiene de comun con el sentido ni con los otros séres materiales, cuya transitoria hermosura encanta al alma, que obra por estos sentidos, y la enajena, y la extravía, y la conduce quizás á horrendos precipicios.

Si hubiese conseguido convenceros de esta verdad, hubiera logrado un triunfo; pero este triunfo sería incompleto quedando en pié un gran coloso, que tiene tiranizada la tierra. Es éste el deseo de honras y glorias mundanas; deseo que, cual ardor febril, tiene siempre en movimiento á la humanidad, y la aniquila y devora. Es este anhelo de una naturaleza superior á cuanto halaga al sentido, pues el honor y la gloria son cosas puramente espirituales, y aunque las recibamos de los hombres que constan de materia y de espíritu, pero afectan únicamente al alma, al alma, que naturalmente apetece la inmortalidad en todos sus actos; es tambien su influencia en el hombre de mayor trascendencia, porque el apetito de riquezas temporales no ha ocasionado tantos males como el deseo de honores y glorias mundanas. ¿Y quién está exento de estos deseos? ¿Quién de los hombres relativamente al estado y condicion que tiene no ha dicho alguna vez en su corazon: «Voy á granjearme reputacion y á hacerme glorioso?» *Faciam mihi nomen magnum?* ¿Quién no ha tenido alguna vez pensamientos de vanagloria, tomando alas y subiendo como insecto á una atmósfera que no le pertenece, para caer luégo y entrar en su propia region? ¿Quién no ha tenido más ó ménos desarrollado aquel pensamiento atrevido del rey de Babilo-

nia, que en su orgullo queria elevar su trono sobre las nubes? ¡Ah! Si alguno se quisiese exceptuar de este número, podemos decirle que ni conoce el corazon del hombre, ni mucho ménos el suyo propio. Todos, todos suspiran por valer en el mundo, bien por las riquezas, bien por los talentos, bien por los honores; todos, desde la infeliz aldeana que transita por las calles de la ciudad populosa vendiendo el fruto de su alquería, sin mirar al falso paso que ocasiona su ruina, hasta el sábio político que en alcázar régio y entre tapices de damasco lleva con destreza los destinos del pueblo, todos aspiran á ser más de lo que son; sábios y no sábios, cuerdos y locos, todos hacemos castillos en el aire, que se caen por su propio peso y nos envuelven en sus ruinas.

Nace esta desgraciada tendencia de una causa justa y santa tambien, como el deseo de las riquezas. Tambien Dios quiere que seamos nobles, grandes, honrados; pero el hombre ha tergiversado los intentos del Criador, constituyendo Éste nuestra honradez en ser hijos suyos y herederos de su reino, y aquéllos en verse ensalzados en la tierra sobre todos los demás, conmutando la gloria del tiempo, que es un soplo, por la de la eternidad, que no puede acabarse. Nuestra eterna dicha, segun los decretos del Señor, consiste en ser príncipes y reyes del cielo, en vivir en estado de inmortalidad gloriosa; y somos tan poco cautos, que nos aventuramos á perder esta dicha de la pátria por una mezquina que nos ofrece el destierro.

Voy, pues, señores, á continuar en la materia empezada, demostrando en este discurso que la dicha del hombre en este mundo no está cimentada en el fausto y vanidades mundanas, que tanto se buscan y desean. En una palabra: «No está nuestra felicidad en los honores y en las glorias de los hombres.» Éste es mi asunto.

Vírgen augusta, que bajo el precioso manto de la humildad encubriste, siendo mortal, la más culminosa dig-

nidad que ha habido entre los hombres: dignate guiar á tu siervo en la escabrosa senda por donde va á entrar. Quiero inspirar en mis oyentes alto desprecio por los honores del mundo, y gran estima por las glorias del cielo. Dignate volver hácia nosotros tus ojos de amor y de ternura, pues te saludamos como á Reina y Madre, diciendo con Gabriel :

AVE MARÍA.

Quando el Eterno, con su infinito saber, echaba los cimientos de la sociedad humana, no podia tender en manera alguna á sembrar el desórden entre unos séres que eran nada ménos que el fiel trasunto de su naturaleza divina. Empezó aquélla á componerse de un hombre y una mujer, mas de tal modo, que existia entre ellos una desigualdad relativa; desigualdad que debia ser el principio de órden en la sociedad, pues la mujer era inferior al hombre, ora por haber aquél dado la materia de que fué formada, ora por haber sancionado Dios que fuese cabeza de ella, como dice el divino Pablo, desde que mandó que se uniesen con los santos lazos conyugales. Hé aquí las primeras relaciones sociales que existieran en la tierra; mas un hombre solo y una mujer no podian perpetuar en sí mismos esta sociedad, cuando habian recibido del cielo la bendicion y el mandato de crecer y multiplicarse, ejerciendo un dominio absoluto y de la más alta soberanía sobre cuanto era inferior á ellos por naturaleza, sobre los animales, las plantas, los tesoros y cuanto hay en la tierra. En consecuencia, los hijos que saliesen de aquellos dos primeros moradores del mundo material, debian venir al mundo trayendo el sello de la más completa desigualdad, pero desigualdad que debia

producir el órden social. Sí; la precedencia en tiempo, la generacion y la educacion natural, hacen que el padre sea siempre mayor que el hijo, sea su desigual, tenga sobre él el imperio de amor que Dios le diera y la naturaleza, sin que ninguna ley pueda mudar lo que por su naturaleza es inmutable.

De aquí deduciremos franca y legítimamente que Dios no pudo cimentar la sociedad humana sino poniendo por fundamento la desigualdad moral y social de hombre á mujer, de padres á hijos, de mayores á menores; pues así como en órden á la creacion no hay acepcion de personas en la mente de Dios respecto de los séres de una misma especie, así en órden á la existencia del hombre en la sociedad de que necesariamente es miembro, hay una acepcion real y positiva, y una desigualdad completa, que no es posible borrar, á no ser que borremos los principios de la sindéresis que tenemos todos los hombres; á no ser que digamos que Dios quiso que existiese la identidad é igualdad entre la causa y el efecto, entre el producente y el producido, entre el primero y el segundo, lo que repugna áun á la misma filosofía natural que no ha sido ilustrada por la revelacion. Así es que cuando el hombre concluya su carrera mortal, al entrar en el seno de la eternidad, se ha de presentar al mismo que lo crió, y le ha de dar cuenta exacta del cumplimiento de sus deberes, juzgando Dios á cada cuál con la desigualdad del destino que ocupó en la sociedad humana, no pudiendo examinar ni juzgar al padre por hijo, ni al hijo por padre, ni al mayor por menor, sino cada uno segun su estado, su condicion y sus obras; y ciertamente sabemos que el padre ha de ser condenado por no haber cuidado de la educacion natural y moral del hijo, el hijo por no haber obedecido y por haber faltado á sus progenitores; el amo será castigado por no haber cuidado religiosamente á su siervo, y el siervo por no haberle sido

fiel; y todo esto nos manifiesta de la manera más palpable que la desigualdad social es una ley eterna que regula la existencia del hombre en el mundo, y según la cual han de ser arreglados también sus eternos destinos. Éste es el orden social.

De este orden de cosas, establecido por Dios, traen su origen los honores y las preeminencias sociales, con sola esta distinción que es necesario hacer siempre con el sublime Agustín; hay en todas las cosas humanas bueno y malo: lo bueno viene de Dios; lo malo lo ha hecho el hombre; no son, por tanto, los honores del mundo social vanidad y locura en sentido riguroso; la vanidad y locura está en que los hombres sensuales y la razón depravada los ambicionan como si en ellos estuviese cifrada su existencia; la vanidad está en haber revestido estos honores con demasía, dándoles un brillo que no es hijo de la razón divina, sino de las pasiones desarregladas; porque, señores, es el mismo Jesucristo quien nos manda que demos al César lo que es del César, paralelando esta obligación con otra prescrita por la ley natural y divina, y es la de dar á Dios lo que es de Dios; es San Pablo, fiel intérprete de su Maestro, quien nos manda que demos á cada uno lo que le corresponde: á quien tributo, tributo; á quien honor, honor; á quien temor, temor; á quien pecho, pecho: en la inteligencia de que quien resiste á este deber, resiste á la ordenación expresa de Dios, que ha puesto su autoridad en la tierra; y cuidado, que cuando así hablaba San Pablo, escribía al pueblo de Roma, en donde había Emperador, Senado, prefectos, cónsules, lictores y todos los demás administradores de justicia que se ven en todo pueblo que tiene orden social; son, pues, los honores y grandezas humanas la consecuencia de la desigualdad que Dios puso por base de la sociedad racional, en cuyo seno debían existir hombres que, como dice el Angélico Maestro, mirasen por el bien

común; son estos honores y prerogativas la consecuencia inmediata de haber querido Dios que existiese el hombre en la tierra con esa dependencia necesaria que liga á las familias, á las ciudades, á las provincias y á los reinos; ha de haber siempre en el mundo hombres cubiertos de brillo y que arrastren la toga, la púrpura, que cubran su cabeza con tiaras, con mitras, con borlas, con coronas, con diademas, con laureles; los habrá ante quienes se postre el vulgo ignorante, á quienes adule el cortesano, lisonjee el grande; habrá, en una palabra, honores, dignidades, distinciones, grandezas y preeminencias mientras haya hombres; pero entre tanto, ¿está acaso la dicha del hombre en poseer estos honores? Hé aquí lo que Dios no ha intentado jamás, y sí los hombres; otros honores y grandezas mayores tiene Dios preparados para el hombre, que conseguirá después de haberse roto el espeso velo de la mortalidad; mas la carne, el sentido arrastran á este hombre infeliz hácia lo que ve y palpa presentemente, queriendo encontrar su dicha donde no hay más que carga y desasosiego, trabajo y sudor.

Sí; las dignidades y honores del mundo son en toda su latitud un yugo duro para quien tiene que soportarlo, y una cadena pesada que arrastra el que se liga con ellos; en hora buena que sea la cadena de oro y de brillantes; pero entre tanto, es cadena que aflige y ata al que la lleva sobre sí. Hablando á un pueblo tan ilustrado como católico, á un pueblo á quien cupo siempre la suerte de ser regido según las leyes del Evangelio, no es necesario poner ante sus ojos el triste cuadro que presentan aquellos hombres ambiciosos que para satisfacer sus miras no respetaron ley alguna, y llegaron á contar por muchos miles las víctimas que sacrificáran á su furor ambicioso. Hombres de este temple no pudieran encontrar la dicha aún cuando reuniesen en sus sienes todas las coronas de

la tierra y tuvieran en su mano los cetros de todo el mundo; pues cuando los poseyesen todos, los abrasaría y devoraría la ardorosa sed de dominar, y no pudiéndola satisfacer con mundos ideales, morirían desesperados, como sucediera al ambicioso Alejandro Magno.

Miremos las dignidades y grandezas humanas por el costado más halagüeño; contemplémoslas como originadas de Dios, consagradas por la Religión y canonizadas por la costumbre de toda la humanidad: ¿y qué son, señores? ¿Pueden proporcionarnos una dicha ni aún transitoria? Cuando Jesús empezó á instruir á sus Apóstoles en la moral del Evangelio, les hablaba continuamente de su reino, de las preeminencias y asientos que tendrían los que le siguiesen. No entendían aún los discípulos cuál fuese este reino y cuáles estos asientos, y empezó á suscitarse entre ellos cierta emulación ambiciosa, llegando el caso de que dos se atreviesen á pedirle que mandase desde entónces que fuesen ellos los que se sentasen á su diestra y siniestra. ¡Demanda aventurada, y que sólo pudo disculpar la ignorancia! Jesucristo, tomando ocasión de hablar á sus discípulos sobre las dignidades y prelacías, despues de haber satisfecho á sus dos discípulos, despues de haberles enseñado quién era el mayor entre ellos, empieza á instruir á todos los hombres destinados á mandar en la tierra con estas palabras: «¿Sabeis que los príncipes de los gentiles no piensan sino en avasallar á los pueblos, y que los que son mayores ejercen sobre los demás una potestad arbitraria? No será así entre vosotros; ántes al contrario, el que quiera ser mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo.» Sólo el divino Maestro podía decir en tan pocas palabras lo que son en sí mismas las dignidades humanas, los escollos que presentan y el modo con que los hombres se han de conducir en su adquisición y manejo.

Jesucristo, al instruir así á sus discípulos, nos enseña muchas cosas: lo primero, nos dice que el dignatario no ha de pretender el puesto honorífico, como hacían los orgullosos é hipócritas fariseos, que buscaban los primeros asientos y ambicionaban las dignidades; segundo, que ha de ser tan humilde á sus propios ojos, que se reputa por siervo de aquellos á quienes preside; tercero, que ha de considerar que Dios lo ha elevado al puesto que ocupa, no para su propio provecho, sino para el bien comun. Examinad brevemente estas tres solas circunstancias que acompañan las dignidades de la tierra, y ¡qué horror! ¡Cuántos escollos! ¡Cuántas amarguras! Semejantes á los altos montes, que mirados á lo léjos no presentan sino un cuerpo compacto, unas vértices cubiertas de verdor, las dignidades y honores mundanos extasían el alma que las mira de léjos y desea tocarlas con la mano; pero apenas ha empezado uno á subir á su cumbre, no ve en torno de sí más que horrendas simas y precipicios espantosos.

Muchos son los que han subido á la cumbre de los honores y grandezas; mas ¡cuán pocos son los que no las han pretendido! Para lograr un puesto culminoso, ¡cuántas bajezas no es preciso cometer! ¡Ah! Para elevarse en el mundo es indispensable arrastrarse por la tierra, como la serpiente, que apenas puede levantar la cabeza si no arrastra el cuerpo; muchos son los que han conseguido levantarse un fantasma de honor; pero ántes han sido el vil pedestal sobre que ha pesado la humillación. Sí; van los hombres tras de los empleos honoríficos, los buscan y los desean, y para obtenerlos no omiten medio alguno; se interponen mediaciones poderosas, se derrama con abundancia el oro, se multiplican las visitas, se suceden las humillaciones, hasta el extremo de inclinar esta noble frente que encierra ideas divinas ante lo más abominable, con tal que pueda lograrse un empeño.